

**SANTOS BENEDICTINOS EN LA
CONSTRUCCION ESPIRITUAL DE EUROPA**

**Dolores Carmen Morales Muñiz
Doctora en Historia Medieval**

6 de julio de 1996

SANTOS BENEDICTINOS EN LA CONSTRUCCION ESPIRITUAL DE EUROPA

Dolores Carmen Morales Muñiz

En el año 313, el decadente Imperio Romano promulgó el Edicto de Milán, permitiendo la libertad de cultos, lo que significaba el fin de la persecución de la religión cristiana. Años más tarde (380) el cristianismo se convirtió en la única fe del Imperio por orden del Emperador Teodosio. Desde entonces el cristianismo y Europa han hecho un largo camino juntos. Tanto es así que, durante siglos, eran conceptos idénticos. El término Europa nace en el siglo XV. Antes, Europa recibía un nombre, la **Cristiandad**. La identidad de Europa, pues, está ligada intimamente a un rasgo que la define y es su cristianismo porque éste ha aportado los elementos esenciales de la cultura europea. Pero no podemos hablar de nada de esto sin referirnos a la Edad Media, y hoy vamos a hablar de esta época y de uno de sus aspectos más interesantes: su espiritualidad. Yo espero que al final de estos minutos, de breve charla, si alguno de ustedes tenía el prejuicio de que la Edad Media era oscura y haya contribuido a disiparlo. No aspiro a mucho más.

El cristianismo es plural, hay, digamos, diferentes opciones espirituales y yo he elegido una paradigmática e intensamente medieval que es el benedictismo por celebrar hoy nuestra fiesta anual en honor a San Benito, al que Pablo VI nombró Patrón de Europa.

A través del benedictismo quiero repasar los diferentes momentos de los siglos medievales con unos compañeros de viaje muy especiales que son los santos benedictinos, los hombres y las mujeres que contribuyeron a la construcción espiritual de Europa: monjes, misioneros, Papas, sabios y doctores de la Iglesia, emperatrices y místicos.

La evangelización

El primer escenario, el primer momento político, nos lleva a la Europa Bárbara, un momento de intensa cristianización de los pueblos invasores. Los santos benedictinos son protagonistas de aquella evangelización al tiempo que artífices de la conservación de la cultura clásica, modelo para la explotación agropecuaria e inspiradores de los nuevos caminos del arte y de la arquitectura. Es inevitable referirse, en primera instancia, al fundador, muy brevemente porque seguramente es sobre el que ustedes saben más. San Benito, del que sabemos relativamente poco, está rodeado de leyendas que no impiden constatar su gran obra resumida en su famosa regla que, influida por elementos orientales, se acabó imponiendo frente a otras tradiciones monásticas (visigoda, celta), desde sus famosos monasterios de Subiaco y Montecasino. De esa forma se homogeneizó en fenómeno monástico de claro cariz romano. El benedictismo sería, a partir de entonces, punto de referencia de todas las reformas monásticas de Occidente incluyendo las suyas propias: cluniaciense, cisterciense, camaldulense etc. Junto al fundador destaca una mujer, su hermana, también santa benedictina, Escolástica, quizás su hermana gemela, seguro que su alma gemela. Alma que

el propio Benito vió subir al cielo, en forma de paloma, cuando expiró. A Escolástica la escuchaba Dios hasta en cuestiones aparentemente anecdóticas, según nos relata San Gregorio, que nos narra una de aquellas anécdotas. En una ocasión se hallaban hablando, ambos hermanos, de cosas divinas, cuando llegó el momento de partir. Escolástica le pidió a Benito que no se fuera pero aquel tenía que regresar al convento. Entonces la santa le rogó un milagrito a Dios y se desató una tormenta, con tantos accidentes, que impidió el traslado del santo a su monasterio para dicha de su hermana que disfrutó de su compañía toda la noche.

El primer santo, aparte del fundador y de su hermano, con el que empezamos nuestro repaso, es San Gregorio el Magno, uno de los veinticinco Papas benedictinos, de ellos ocho santos y cuatro beatos. San Gregorio es el primer Papa-Monje que dicen utilizó el título que hoy siguen usando los Pontífices: siervo de los siervos de Dios. Cuando se eligió al nuevo Papa, Roma ardía por los cuatro costados amenazada por fenómenos catastróficos, como el desbordamiento del Tíber, enfermedades -como la peste-, así como ataques de los hombres: bizantinos y lombardos. Era como si se acercara el fin. Gregorio, de familia patricia, prefecto de la ciudad, era un benedictino de curriculum deslumbrante (nuncio en Constantinopla, gran diplomático) que leía al Santo Job. Cuando fue aclamado Papa por el pueblo romano, se encontraba tan desengañado del mundo que su primera intención fue la de huir. Pero no pudo hacerlo de su destino y se convirtió en un gran gobernante de la Cristiandad, extraordinario y flexible, que solía decir que "el gobierno de las almas es el arte de las artes". Sin duda él fue un gran artista: pactó con los lombardos, animó la evangelización, socorrió a los desvalidos, echó las bases de lo que, andando el tiempo, sería el patrimonio de la Iglesia (San Pedro) y los musicólogos nos recuerdan que han dado su nombre a una forma polifónica antigua, el canto gregoriano.

Un día, paseando por un mercado romano, San Gregorio vió a unos esclavos jóvenes rubios y hermosísimos. El Papa, preguntó que de dónde procedían. "Son Anglos", le contestaron, y el Pontífice, en un juego de palabras, en latín, contestó que, más que anglos eran ángeles. Unos ángeles paganos ¿cabía más contradicción? El Papa tomó entonces la decisión de evangelizar las tierras de aquellos angeles rubios y llamó a un hombre excepcional: el prior del monasterio de San Andrés de Roma, un monje benedictino llamado Agustín, que andando el tiempo, sería conocido como San Agustín de Canterbury, el apóstol de Inglaterra a la que había llegado con una expedición de cuarenta monjes y en donde fundó sedes episcopales (Londres, Rochester) a pesar de los desacuerdos con la influyente Iglesia bretona. Junto a él, en este siglo VII, y sin salirnos de la isla tenemos otro santo benedictino, San Beda el Venerable, un verdadero intelectual, también Doctor de la Iglesia. Aunque él se empeñaba en decir que su existencia no tenía historia, este monje erudito es el primer historiador de las Islas Británicas y en el monasterio de Yarrow trabajó intensa e incansablemente sobre autores clásicos y menos clásicos como nuestro San Isidoro.

Seguimos sin salirnos ni de las Islas ni del siglo. Había un hombre que se llamaba Wynfrid cuya significación es **el que hace el bien**, había nacido a finales del siglo VII, era anglosajón de Wessex y durante cuarenta años se había dedicado al estudio, a la enseñanza y a la predicación, a él, por cierto, se le debe la primera gramática latina de Inglaterra. Vivía muy apaciblemente Wynfrid, más conocido como el monje Bonifacio, cuando el Papa en el

año del 718, decide que se evangelice lo más difícil: la Germania. Y él obediente recorre, como legado pontificio, Frisia, Hesse, Baviera, Westfalia, Turingia (más tarde sería obispo), Maguncia.. y el humilde monje benedictino va acumulando poder y prestigio. Ungirá, en un gesto político de gran trascendencia, a Pipino el Breve, el abuelo de Carlomagno. Pero más allá de su asociación a los poderes políticos, San Bonifacio está unido a su labor evangélica: para siempre será el apóstol de Alemania y su monasterio favorito, Fulda, donde hoy yace sepultado, estará asociado a su inmensa obra. Su muerte, además, fue de mártir lo que significó un acicate más para su obra.

Parientes de San Bonifacio fueron dos monjes también anglosajones, hermanos, y de nombres muy extraños: Walburga y Winebaldo. Walburga de Sussex era una monja benedictina, más tarde abadesa de Heidenheim, de la que sólo casi sabemos dos cosas: que participó en la obra misionera de San Bonifacio y que permanece asociada a un extraño rito folklórico, a una noche de brujería y akelarre. La noche del primero de mayo, noche en la que fue sepultada, noche a la que Goethe, en su Fausto, hizo famosa en un pasaje utilizando, no sabemos porqué, el nombre de la santa, es la noche de Walpurgis. ¿Era, quizás, porque de sus huesos emanaba un óleo prodigioso? alrededor de aquellos prodigios debieron de surgir más leyendas menos tranquilizadoras.

De su hermano Winebaldo tenemos más datos, también asociado a la labor evangelizadora de San Bonifacio y a la dirección, como su hermana, del monasterio benedictino de Heidenheim (centro de formación del clero, en donde como solía ocurrir, se unían fe y cultura,) fue también obispo de Bremen, ciudad de la que es santo patrón. Su hagiografía, contempla, asimismo, anécdotas milagrosas, como la cadena del relicario que le colgaba del cuello y que paró el golpe de espada de unos agresores.

Al lado de estos misioneros triunfadores, y para demostrar que los caminos de Dios no tienen mucho que ver con nuestra idea de éxito, tenemos casos humanamente deprimentes, como el de San Anscario, un monje benedictino de Corbie al que todo le salía mal. Aparentemente Anscario nunca consiguió nada. Como buen benedictino se dedicaba a las labores manuales y él, concretamente, hacía redes, y debía de pensar que las almas a evangelizar se le escurrían como los peces a través de algún desgarrón de la malla. Cumpliendo una misión del rey Ludovico Pio, hijo de Carlomagno, Anscario abandonó su monasterio en Westfalia para dirigirse a las tierras del rey Haroldo de Dinamarca con la intención de evangelizarlas, con tan mala suerte que Haroldo, su protector, perdió el trono y Anscario fue expulsado virulentamente comenzando un periplo accidentado porque de todos los sitios le echaban, cuando logró acomodarse en Hamburgo, los normandos atacaron la sede..incluso el propio emperador expropió los bienes de la Iglesia. Aparentemente Anscario era lo que hoy llamaríamos un perdedor. Pero con el tiempo fue la mejor referencia para la reevangelización de Escandinavia.

Entramos en el siglo X, un siglo bisagra entre el primer momento político mencionado y nuestro segundo momento elegido. Un siglo grande y, a decir de muchos autores, desconocido, un siglo al que la propia Iglesia no ha tenido empacho al definir como **siglo de hierro**, un siglo, quizás oscuro, porque la Iglesia se ha visto afectada por las sombras del

fenómeno feudalizador que la alejan de su fin principal. Pero eso no impide que el benedictismo siga dando santos y, más aun, presente el programa de regeneración de esa sociedad del que luego hablaremos. Entre los santos de este siglo X destaco a tres, de una u otra forma asociados a la política, como el misionero Wolfango obispo de Ratisbona, la emperatriz Adelaida tan indisolublemente unida a los Otones, familia en la que será mujer, madre y abuela (regente).. y suegra, y Pedro de Orséoli, Dux de Venecia que abandona todo el mundanal ruido por la paz de un convento en el Pirineo rosellonés.

Cuando era niño, en la escuela, sus compañeros se reían del pequeño Wolfango (el que anda como lobo) pero de mayor sus semejantes se impresionaban ante sus milagros , era capaz de amainar temporales sólo con su oración, y profecías. Es famosa una en particular. El emperador alemán le había encomendado la educación de sus cuatro hijos. Wolfango, dice la tradición, les vaticinó que serían, respectivamente, rey (futuro Enrique), obispo (Bruno, de Ausburgo), abadesa (Brígida, de Ratisbona) y reina (Gisela, reina de Hungría). Este benedictino, obispo de Ratisbona, era de noble familia suaba, había sido educado en la abadía de Reichenau, junto al lago Constanza, y gozó de gran fama como intelectual y pedagogo, siendo director de la escuelas de la catedral de Treveris. Pero todo lo dejó para encerrarse en el monasterio benedictino de Einsiedln. Hasta allí le fueron a buscar para encomendarle tareas de evangelización en Panonia (Hungría). San Wolfango dijo entonces que su vida tenía doble tarea: uno evangelizar a los evangelizadores, que no eran otros que sus propios monjes, a los que les obligó a observar la regla del fundador, y, dos, evangelizar a los paganos.

Adelaida, reina, emperatriz, esposa y viuda, es la mujer fuerte del siglo X. Lo soportó todo: hija de Rodolfo de Borgoña y casada con el rey de Italia, Lotario, al que envenenaron, fue secuestrada por el usurpador del trono de su marido y retenida en el castillo de Garda del que logró escapar milagrosamente. Entonces se dió cuenta que su ángel de la guarda no la iba a abandonar. Pidió, no obstante, una ayuda más material: la del emperador Otón I con el que acabó casándose. Adelaida es madre de Otón II y fue regente de su nieto (Otón III) gobernando con gran sabiduría en una corte plagada de enemigos incluyendo a su propia nuera, la princesa bizantina Teofanías. Pero Adelaida no es santa por sus valores políticos sino por su bondad y paciencia así como su entrega abnegada a los pobres y sus fundaciones según nos cuenta su biógrafo, y también santo benedictino, San Odilón de Cluny, porque Adelaida se retiró a un convento benedictino en su Borgoña natal y de ahí sólo salió para volar al cielo.

Pedro de Orséoli, nuestro tercer santo del siglo X, era un rico capitán, conspirador y también vencedor de piratas, excelente gobernante, Dux de Venecia, y, en otro orden de cosas, casado y con un hijo. Pedro, un buen día de septiembre de 978 dejó los poderes de este mundo y, sin previo aviso, se escapó a un monasterio del Pirineo Rosellones, San Miguel de Cuxa, y se hizo monje benedictino.

Pero no podemos dejar el siglo X sin decir lo más importante, yo diría lo más trascendental, que gran influencia para la cultura medieval de este tiempo. El 11 de septiembre de 910 tuvo lugar un acontecimiento en apariencia trivial: el duque de Aquitania,

Guillermo, entregó al monje benedictino Bernon una tierra en el condado de Macon. En ella se construyó un modesto monasterio cuyo nombre no respondió en absoluto a pasar de puntillas por la vida. El nombre del monasterio es Cluny y dos siglos más tarde millar y medio de casas obedecían las órdenes del abad de aquel monasterio, un verdadero Papa negro, decían. Cluny respondió a un reto: la primera reforma benedictina deseaba volver al espíritu original de San Benito y, más aún, regenerar la sociedad y la Iglesia en particular inmersa en la red de relaciones vasalláticas y cada vez más alejada de su mensaje evangélico. La decadencia moral era tan grave que los vicios del nicolaísmo, la simonía y la investidura laica estaban a la orden del día. Para ello los cluniacienses tomaron una decisión revolucionaria en un mundo dominado por las relaciones personales: sólo estarían a las órdenes del Papa de Roma, ningún señor laico tendría, nunca más, poder sobre ellos. Y Cluny se convierte, entonces, con sus monjes, en los verdaderos artífices de la vida religiosa, litúrgica y cultural abogando por la centralización romanista.

La liberación

El prestigio de Cluny, primera de las reformas benedictinas, la de los monjes **negros**, se debe, en gran parte, al buen hacer de sus abades, algunos de ellos santos, que vamos a recordar ahora. San Odón (879-942) convertirá la famosa abadía en un gran foco espiritual y cultural europeo. Quien iba a decir que aquel abad, siempre montado en su humilde burrito, era nada menos que el consejero del Papa León VII, también santo benedictino, y del también Papa Esteban IX, verdaderos predecesores, con sus importantísimas reformas, sobre todo la elección papal, del gran Hildebrando. Al segundo abad cluniaciense San Odilón (962-1049), que sanó de una parálisis, cuenta su hagiografía, ante la imagen de la Virgen, le recordamos por su carácter compasivo que le retrata en una frase preciosa **"prefiero condenarme por mi misericordia que por mi dureza"**. A él se le atribuye la grandeza de la institución La Tregua de Dios, que, junto con la Paz de Dios, paliaba la crueldad de las guerras. Durante su mandato, y en lo que respecta a España, se inició la benedictinización de nuestra patria. Tenemos aun una anécdota de San Odilón muy hermosa. Regresando de una peregrinación de Tierra Santa hizo un alto en el camino a la altura del volcán Etna. Un ermitaño le contó que dentro del volcán se escuchaban las voces de almas en pena, el santo identificó los lamentos con los de las ánimas del purgatorio e instituyó la fiesta de los fieles difuntos que todavía celebramos.

Podríamos seguir hablando de otro abad como San Hugo (1024-1109) consejero de Papas y reyes y clave para entender la reforma benedictina, como también lo fue Pedro Damiano, doctor de la Iglesia, y verdadero artífice intelectual del programa de la liberación de la Iglesia.

Paradigma de este espíritu de liberación de la Iglesia y de regeneración de la sociedad a través de la élite de monjes, es el gran monje Hildebrando, benedictino, abad de San Pedro

extramuros, legado papal en Francia y Alemania, consejero y mano derecha de los Papas. Cuando sube al solio pontificio toma el nombre de Gregorio VI y desarrolla un programa de conversión en donde se incluye, en primera instancia, liberar la elección pontificia de la tutela imperial para después seguir liberando todo el cuerpo de los que entonces se consideraban vicios de la Iglesia feudalizada. Gregorio VII es un punto capital en esa lucha por la libertad de la Iglesia. Hay un documento que refleja ese talante, es el **Dictatus Papae**, que defiende para el Pontífice la dirección de la Cristiandad y acabará desembocando en la teocracia pontificia tan bien representada, ya en el siglo XIII, por Inocencio III. De Gregorio VII destaca la lucha encarnizada contra el emperador alemán, Enrique IV, que durará dos siglos. Aparentemente Gregorio VII perdió la batalla con el emperador después de excomuniones, rebeliones y antipapas, luchas dialécticas, políticas, diplomáticas y físicas. Acabó el monje Hildebrando, en el destierro de Palermo, mientras las tropas imperiales saqueaban Roma, pronunciando una frase legendaria: "amé la justicia y odié la iniquidad, por eso muero en el destierro". Lo que parece, en principio, un fracaso no es más que el comienzo del poder de la Iglesia cuya tropa más visible, así como su generalato, son los monjes de Cluny. Seguramente Gregorio VII es uno de los santos que más ha tardado en ser considerado así, cinco siglos nada menos, sus biógrafos justifican la tardanza explicando que confiaba demasiado en los medios humanos, que es una forma sutil de decir que era poco providencialista, político y mundano.

Con él comenzó el apogeo de la Cristiandad porque la reforma gregoriana prepara tiempos de esplendor, los siglos plenomedievales XI, XII y XIII caracterizados por hechos tan decisivos a los que los santos benedictinos no son ajenos, como las universidades, los órdenes religiosos ó sus reformas, los concilios ecuménicos, y, más aún, las Cruzadas, las peregrinaciones y la religiosidad en general.

El triunfo

Inmersos en ese mundo de plenitud entramos en el tercero de los momentos. Para nuestra charla este mundo está dominado otra vez por los benedictinos, por una segunda oleada o segunda reforma que es el Císter, los monjes blancos frente a la primera de las reformas que era la de Cluny, la de los monjes negros. El Císter aspiraba a retornar a la primitiva pureza evangélica relajada entre los cluniacienses, en cuyas manos había recaído el poder y algunos se habían dejado tentar por el enriquecimiento y la pompa. Así el Císter predicó la austeridad y también el alejamiento del mundo, la comunión con la naturaleza, por eso tienen tanto que ver con la expansión agraria de estos siglos. La enorme proyección que tuvo el Císter también se mide por la calidad de sus hombres, de sus monjes y de sus monjas. De nuevo haremos una selección de esta nueva fuerza monástica tan asociada a prácticas como las peregrinaciones, devociones como el amor a la Virgen Maria, inspiradores de estilos artísticos como el gótico (al igual que los cluniacienses están indisolublemente asociados con el románico) verdadero instrumento de catequesis, la lucha contra las herejías, la predicación a favor de las Cruzadas y, desde luego, el renacimiento cultural e intelectual de Europa, que preparará la madurez del siglo XIII.

Érase una vez un noble borgoñón que fue aceptado en la orden del Císter, cuyo abad, junto con otros doce monjes, decidió destinarle al Valle de Langres, también conocido como Valle de la Amargura, desacreditado a causa de lo que hoy llamaríamos inseguridad, en este caso, rural, ya que estaba dominado por bandoleros. Aquel paraje, gracias al muchacho borgoñón, y a sus compañeros, dejó de ser valle de la amargura para convertirse en el valle de la luz clara vallis, de donde procede Claraval, monasterio cisterciense famosísimo. El noble borgoñón, naturalmente, se llamaba Bernardo, y la historia le considera el confundador del Císter. De él dice el historiador, padre Orlandis, que es el personaje europeo más importante del siglo XII, cuya influencia es intentísima en la vida de la Iglesia y de la Cristiandad medieval. Sólo un dato: cuando San Bernardo ingresa en el Císter había doce abadías, cuando fallece el número ascendía a 343. A San Bernardo, además, le asociamos con el espíritu guerrero seguramente por haber predicado la segunda Cruzada, la primera, por cierto, había sido predicada por un beato benedictino, el gran Papa Urbano II, cluniaciense. El Císter sirvió de pauta para la fundación de las Órdenes militares que ejemplifican la fusión perfecta entre la profesión monástica y el oficio de armas. Particularmente San Bernardo fue el impulsor de la Orden del Temple. Quiso Bernardo transformar una sociedad de guerreros, como la medieval, en una de caballeros, al añadir a los primeros las virtudes cristianas características, como la protección de los más débiles. San Bernardo tiene, también, fama como combatiente contra los brotes heréticos, de ahí que le conocieran como **el perro guardián de Dios**, aunque, como ser humano que era, su personalidad ofrece sombras. Los santos no son ángeles, sus detractores le reprochan su enseñamiento contra el gran intelectual del XII, Pedro Abelardo.

Al igual que Cluny, el Císter tiene una pléyade de abades extraordinarios y santos, casi todos empujados por la figura inmensa del cofundador. Este es el caso de San Esteban Harding (1150-1134) tercer abad del Císter, redactor de la famosa Carta de Caridad. Otro gran abad del Císter fue San Guillermo de Bourge, hijo del conde de Nevers (1150-1209), santo milagrero por excelencia, a través de sus brazos, reliquias famosísimas en su época.

Aunque no son objeto de esta conferencia, los benedictinos y, particularmente, los cistercienses han tenido, entre sus filas, también beatos de vidas modestas, sacrificadas y hermosísimas, hemos mencionado algún grande, caso de Urbano II o de Pedro Damiano, pero la orden cuenta, en su haber, con casos como los de Notquero el Tartamudo, Federico de Hirsau, Egilio o Herman el Paralítico, conde de Altshausser (1013-1054), este último, por cierto, erudito matemático y astrónomo, al que se le recuerda, además, por haber inventado un instrumento que podía calcular la posición de los astros, también historiador y poeta, al que se le atribuyen, autorías musicales como las famosas Salve Regina o Alma Redemptoris Mater.

Hay otros santos benedictinos, cistercienses, dignos de mención: el arzobispo de Armagh (1094-1148), primado de Irlanda y fundador de la primera abadía del Cister en la isla, era un monje amigo de San Bernardo, se dice que murió, inclusive, en sus brazos. Ese santo se llamaba San Malaquías. La vida de este monje está rodeado por leyendas fantásticas, por milagros inauditos. El decía, de sí mismo, que era un puro milagro. Quizás es famoso por

sus profecías, que también se dice, y seguramente con razón, que son una invención de un apócrifo del siglo XVI pero que, curiosamente, se sigue hablando de ellas y más hoy en día que nos acercamos al segundo milenio. Uds ya saben a que me refiero cuando hablo de las profecías de San Malaquías, son frases breves que caracterizarían a los Papas desde 1143. Como muchas de las divisas que los Papas han coincidido con ese autor apócrifo del XVI, y la tradición popular sigue endosándose a San Malaquías, actualmente se teme que después de Juan Pablo II, vendría el segundo Pedro y último Papa.

Todavía haré mención de otro benedictino, San Guillermo Vercelli (1085-1142), muy en la línea eremita, mística, peregrino -hizo el camino a Compostela cargado de cadenas- y famoso por su incombustibilidad. Nunca nada mejor dicho, esto último, si creemos la anécdota de la prostituta que vino a tentarle a lo que él respondió animándola a lanzarse con él a una pira ardiendo., como Guillermo no se quemaba, la prostituta se reconvirtió ingresando en un convento.

Una figura excelsa y sabia fue la de San Anselmo, abad de Bec, en la Normandía, aunque él era piemontés, luego arzobispo de Canterbury, y como todos saben Doctor de la Iglesia. San Anselmo, un santo simpático y alegre, a decir de quienes le conocieron, es teólogo famoso por esa prueba ontológica de la existencia de Dios, que precedería a las aportadas, más tarde, por Santo Tomás. Anselmo fue, además, luchador infatigable en la Corte inglesa, retrasando dos siglos el cisma anglicano. Su vida se resume en esta hermosa frase: "No quiero comprender para creer, creo para poder comprender". Anselmo es figura inevitable referencia dentro del renacimiento cultural.

Los cistercienses tienen una particularidad, que eran feministas, de ahí esa devoción a la Virgen, recuerden el arte gótico tan prolijo a representar la figura de Maria, y, consecuentemente contamos con una pléyade de santas cistercienses, (el propio San Bernardo tenía una hermana santa) desde la beguina Matilde (1210-1285) escritora de De la Fluida Luz Divina, a la que Dante, en su Divina Comedia, se inspiró para su personaje de Matelda. Otra Matilde, esta vez la condesa de Helfta, después monja en el monasterio cisterciense de Rodersdorf y su hermana Gertrudis, representantes de la mística cisterciense. La más intelectual, no obstante, es Hildegarda de Bingen, escritora de artes médicas, jardinería, música e historia natural, siempre plasmada en la iconografía con San Bernardo, que examina, como buen maestro, sus textos.

Descendió de los yermos
el confesor honrado
Vino a San Millán,
logar bien ordenado,
demandó la monjía
dieronsele de grado.

Así escribió Gonzalo de Berceo de aquel pastor riojano, Domingo Manso, eremita y santo, nuestro representante español en este repaso de los santos benedictinos. Fue Santo

Domingo de Silos un santo al que Dios no le ahorró vicisitudes políticas. Desterrado por el rey García de Navarra, por defender los tesoros de San Millán, otro rey le compensaría de los desafueros: Fernando I rey de Castilla. Silos será foco de piedad y cultura durante toda la Edad Media española. Y aquel pastorcillo se convirtió en prior ("aquel abad de vida santa de bondad acabado"). Ante sus reliquias veneradísimas rezó una mujer, de nombre Juana de Aza, que prometió dar el nombre del santo al hijo que esperaba y que ofrecía a Dios. Ese hijo, también llamado Domingo, también fue santo: santo Domingo de la Calzada.

El otoño

Y llegamos al último momento político, a los siglos bajomedievales, a la crisis de la Cristianitas. Tras el deslumbrante siglo XIII, el enfrentamiento entre el Papa y el Emperador había terminado por arruinar el sistema político imperante en Europa. La Cristiandad se resentía como cuerpo político unitario, al tiempo que las monarquías nacionales se reforzaban.

El abad cisterciense, aunque no santo, desde luego, Joaquin de Fiore, había hablado de un nueva edad para la Iglesia inaugurada por el advenimiento de un Papa angélico, que todo el mundo quiso identificar con Celestino V, personaje curiosísimo con el que vamos a terminar esta charla.

Dante imaginó Celestino condenado en el infierno, pero la Iglesia, cuyos designios no siempre coinciden con la opinión de los hombres, lo ha considerado santo. ¿Que hizo Celestino, que méritos pueden aducirse, para considerarle así?, seguramente sufrir y confiar. San Celestino es, políticamente hablando, un santo inepto, casi cobarde, es el santo del fracaso, pero en otro sentido que Anscario, al que ya nos referimos. Pero tiene que haber santos para todos y los benedictinos tienen todos los ejemplos. Es el único caso de la historia en la que un Papa abdica a los cinco meses después de haber sido elegido.

Tenía ochenta años aquel eremita sin experiencia, consagrado obispo de Roma. No sabemos si el Espíritu Santo se equivocó, según nuestra modesta opinión, claro, porque el bueno de San Celestino no hizo más que tomar decisiones equivocadas, dejándose manejar por Carlos de Anjou, hermano de San Luis, y ambicioso donde los hubiera. El Papa reacciona... y abdica, se recluye en el castillo de Fumone y, diez meses más tarde, muere. Es un misterio su vida, es un misterio su santidad, que pone a prueba nuestra fe.

Con él se inaugura el otoño de la Edad Media, el fin de esa época, que a mí me parece hermosa y luminosa gracias a personas como las que hemos repasado hoy.

No están todos los que son, pero todos los que están nos han demostrado, de una y otra manera, que fueron protagonistas y constructores de la espiritualidad, y también de la materialidad de lo que hoy llamamos Europa y que tanto, o todo, debe a la Edad Media. Todos ellos son distintos desde el peleón Hildebrando, el fracasado Anselmo, el cobarde Celestino, el apasionado San Bernardo, el gran Bonifacio, y todas las feministas intelectuales, emperatrices ó monjas que forman parte del santoral específicamente de la mujer. Todos pusieron su grano de arena, seguro de que cada uno de nosotros podemos identificarnos con unos más que con otros.

Yo termino con la visión de Santa Isabel de Schonau, mejor dicho, con una de las visiones, posiblemente la más hermosa de la santa. No es que quiera negar yo la existencia del infierno pero confío en que esté vacío gracias a la misericordia de Dios. Cuando me preocupa algo así entonces me acuerdo de la visión de esta santa benedictina. Ella vió como unos ángeles acumulaban en los platos de la balanza las buenas obras de un alma, mientras que los demonios hacían lo propio con las malas. Se había producido un empate pero, en ese momento, el ángel añadió una Sagrada Forma en el plato de las buenas obras y la balanza se inclinó, para siempre, del lado del ángel, demostrando que la misericordia divina vence siempre y que Jesús nos ha redimido a todos.

Con la esperanza de haber hallado también misericordia e indulgencia en esta charla, quizás ya un poco larga, concluyo agradeciéndoles su atención.